# **«CEA una mejor persona»**.

# **María Belén Iriarte**

# **(Buenos Aires, Argentina)**

Rubén no podía no ser milico. No era mal tipo pero su trabajo lo condenaba. Su hija Belén, entendía la vida desde otra perspectiva; desde la compasión y el amor. Esto no significaba que Rubén no amaba. Por el contrario, él, a su manera, le demostraba cariño a su pequeña, pero le era imposible entender a algunas personas.

*Son unos maleducados los pibes de ahora, andan por la calle y ni te miran, no respetan a las autoridades, están en ese mundo asqueroso de la tecnología, después dicen que los pibes son el futuro, qué futuro vamos a tener con estos mocosos que saben jugar al Roblox, pero no armar una planilla de Excel, y esos otros que están ahí, todos bobos, como tu tío colgado mirando los peces, no me vengan con las pavadas de que trastorno ni que mierdas.*

Las palabras de Rubén dolían de a ratos. A veces Belén debía ponerse los anteojos de color rosa para no enojarse con su papá y entender que estaba chapado a la antigua.

Ella entendía. No compartía la forma de mirar el mundo. Había estudiado durante muchos años una carrera que sentía, que de alguna manera, podía ayudar a los niños que, según su papá, estaban ahí colgados de una palmera.

Su primer alumno se llamó Mateo. Tenía algunas cicatrices en la cara de un accidente doméstico. Mateo no sentía miedo, buscaba sensaciones todo el tiempo y se frustraba rápidamente. Cuando Belén le pedía que no toque el calefactor porque estaba caliente, Mateo con sus dos manos apoyaba y rápidamente las sacaba, con un efecto de placebo que más allá de los ojos llorosos y las palmitas ardiendo, se esbozaba una sonrisa en su mirada. Corriendo, salían a la salita más cercana mientras mojaban la herida con agua fría y soplaban suavemente.

Belén necesitaba entender qué hacía que algunos niños, niñas no sintieran esas sensaciones y fue esto lo que la empujó a estudiar neurociencias. Fascinante mundo descubrió allí. Un mundo no compartido por tantas personas a su alrededor que pensaban que perdía su tiempo. Su papá, más allá de no estar de acuerdo con su hija, apoyó cada momento de estudio y estuvo presente en los llantos y crisis de parciales y finales.

Belén no sabía que gracias a Mateo, gracias a la falta de empatía de su papá (también a su amor incondicional) encontraría la cura al CEA. Realizó, durante muchos años, investigaciones sobre sus causas, la mejor manera de detectar los signos y un tratamiento sin la necesidad de medicinas perjudiciales.

Una joven promesa fue Belén que logró desarrollar los primeros anteojos con los que las personas como su papá, al colocárselos, podrían visualizar lo que les pasaba a los demás que tenían al lado. Todo el mundo podría entender que no son los autistas quienes se tienen que adaptar al mundo, sino que el mundo, con pequeños esfuerzos, como usar un par de anteojos, lograría comprender y así adaptar a la sociedad a la condición del espectro autista.